

Documento
Objeto: Historia de la política
Version sin Revisar L.T.

A. L. Pizarro

BASES PARA UN LIBRO TRICOLOR SOBRE LA POLITICA EXTERIOR

Luis T. Tschumi

Cuando un gobierno respetable revisa profundamente su política exterior suele fundamentar el cambio escribiendo y dando a conocer un libro blanco o de otro color. Durante los últimos veinte años la política exterior de Chile se ha basado implícitamente en un libro rojo, un libro negro y otro gris. En el futuro, Chile debe evitar tener una política exterior de un solo color, especialmente gris, diseñando una cargada de colores fuertes y al mismo tiempo pluralistas, que reflejen todo el espectro de la bandera nacional.

La política exterior de un país que se respeta, no es meramente fruto de la tradición, las circunstancias o el peso de la burocracia. Por una parte, debe reflejar lucidamente el contexto internacional, regional e interno a que responde. Por la otra, debe ser fruto de un cuidadoso proceso de formulación de esa política, en donde intervengan todos los agentes involucrados en las relaciones externas del país y se tomen en cuenta equilibradamente todos los elementos conceptuales que esta debe contener. Por último, debe ser aplicada a través de mecanismos organizativos o de procesos decisorios modernos, abiertos, ágiles y bien informados, cuyo funcionamiento responda a un debate y a un consenso nacional garantizando que se aplique una verdadera política de estado.

Los elementos contextuales anteriormente mencionados cambian de país en país, pero relativamente poco. Los métodos empleados para

formulación de una política exterior también varían en los distintos países, pero solo deberían hacerlo dentro de parámetros modernos. Lo que cambia fundamentalmente es el contenido de esa política o la agenda internacional del país de que se trata.

La modificación del escenario internacional

El escenario internacional se ha transformado radicalmente en los últimos veinte años. Desde la paz de Westfalia en 1648 hasta el estallido de la guerra fría, tres siglos más tarde, el sistema internacional, esencialmente estado-centrico, estuvo dominado por el juego entre un puñado de estados soberanos que procuraban, si no lograr cierta primacia, salvaguardar su seguridad mediante la acumulación de recursos de poder tratando de mantener, precisamente, lo que durante esos trescientos años se denominó el "balance del poder". La naturaleza y fronteras de las respectivas sociedades nacionales, sus intereses específicos y los de sus ciudadanos, constituían algo muy distante de sus gobiernos y sus estadistas, quienes actuaban en nombre de una "razón de estado" ajena a todo veredicto popular. La guerra fría, basada en un arsenal nuclear, reprodujo y exacerbó esas condiciones. El mundo de postguerra estuvo dominado por los intereses y conflictos planteados en el terreno de la seguridad militar por las dos superpotencias, las cuales alinearon detrás de ellas a todos los estados medianos y menores, y relegaron al margen de la política internacional todos los temas, actores y arenas que no estuvieran directamente vinculadas con dicho conflicto.

Estos rasgos característicos del escenario político fueron fortalecidos por las tendencias económicas prevalecientes en esa época. Durante el periodo de postguerra, los motores del crecimiento económico mundial estuvieron centrados en los mismos sectores que lideraban ese proceso a fines del siglo pasado -la siderurgia, el petróleo, la industria química, la petroquímica y los transportes basados en el motor de combustión interna- y prácticamente en las mismas potencias industriales. Contra ese telón de fondo, el periodo de postguerra estuvo dominado por la preponderancia de los Estados Unidos, por la transferencia de sus recursos financieros y tecnológicos hacia los países devastados por la guerra, y por un extraordinario ritmo de crecimiento económico mundial.

Tres megatendencias alteraron radicalmente ese escenario. La primera, consiste en el proceso de transnacionalización, basado en la fragmentación internacional del ciclo productivo y de la organización de las empresas, que redistribuyó a través del planeta las actividades industriales, el diseño y la distribución de los productos, el financiamiento y los servicios, dando lugar a un proceso de globalización mundial que requiere ser comprendido y, en la medida de lo posible, manejado por los países en desarrollo, como Chile, pero que no puede ser objeto de desconocimiento o de rechazo. El segundo fue el avance de la distensión, que culminó con el desmantelamiento del muro de Berlín, la disolución del estado soviético y la transformación de los países del este en su búsqueda de la democracia y del mercado, fenómenos que pusieron término a la

guerra fría y redujeron drásticamente la importancia de los valores relacionados con la seguridad estratégica para destacar, en cambio, aquellos vinculados con la libertad, los derechos humanos, la democracia, el desarrollo económico, el bienestar social y la calidad de la vida. La tercera, que subyace a las dos tendencias señaladas, radica en la difusión de un nuevo paradigma socio-tecnológico, en virtud del cual las tecnologías y los sectores productivos tradicionales -anteriormente mencionados- fueron reemplazados por otras cadenas tecnológicas fundadas en la información y el conocimiento, en que el liderazgo fue asumido por actividades vinculadas con la microelectrónica, la biotecnología, la producción de nuevos materiales, la informática, las comunicaciones, las transacciones financieras y, en general, los servicios; ello fue acompañado por la emergencia de nuevas preferencias sociales que, en general, apuntan desde una sociedad moderna, materialista y cuantitativa, a una sociedad postmoderna, postmaterialista y más cualitativa.

Surge así, gradualmente, una nueva visión de la política mundial que privilegia la interacción entre los distintos sectores de las sociedades nacionales en función de múltiples intereses específicos, dentro de un mundo uno y múltiple, a la vez más global y más diferenciado, en que predominan los conceptos de independencia y bienestar (concepto este último que anticipa lo que actualmente hoy se entiende por calidad de la vida, haciendo retroceder las viejas preocupaciones por el poder y la seguridad).

Para los países latinoamericanos, insertarse en ese nuevo escenario internacional, es un requisito esencial para incorporarse al futuro.

La transformación silenciosa de América Latina

La inserción de Chile en el nuevo escenario pasa por la modernización de su estructura económica y social y vice-versa, es decir, su modernización depende de su grado y forma de inserción externa. Son pocos los que aún añoran un proceso de desarrollo volcado hacia adentro, y no tan pocos los que quisieran centrarlo en América Latina, pero ambos se equivocan. En el mundo de hoy no hay alternativas a la inserción en el escenario internacional ni a la apertura externa. El debate debe trasladarse a cómo construir una capacidad endógena para administrar esa apertura y lograr, de esta manera, que nuestra inserción en el sistema internacional sea cada vez más manejada por nosotros mismos. Es en ese contexto que la cooperación latinoamericana cobra un nuevo sentido.

Durante la etapa del "crecimiento hacia afuera" basada en nuestra herencia colonial, Chile se vincula en la economía internacional como exportador de salitre y otras materias primas e importador de los equipos y los bienes manufacturados requeridos para incrementar su bienestar y su desarrollo. La crisis de los años treinta torna inviable ese modelo iniciándose así en nuestro país la etapa del "crecimiento hacia adentro" basada fundamentalmente en la industrialización sustitutiva. En Chile ese proceso produjo, con más

fuerza que en muchos otros países latinoamericanos, las primeras industrias, los sectores medios, una clase obrera industrial, el fortalecimiento de la educación y los servicios sociales y, un estado promotor y eficiente para su época. La fronda oligárquica que sustentó el modelo antiguo fue reemplazada por nuevas alianzas entre las clases recientemente mencionadas.

En ambas etapas las relaciones exteriores del país permanecieron fuertemente confinadas al ámbito hemisférico. Esa adscripción se hizo más explícita después de la segunda guerra, e incluso más benéfica durante los años sesenta, (dominados por la Alianza para el Progreso), pero nuestras relaciones con los Estados Unidos se deterioraron posteriormente. En todo caso, y como contrapartida, en general Chile careció de una visión global de sus relaciones externas si no en la teoría, al menos en la práctica.

Aunque durante el gobierno del Presidente Frei hubo intento por diversificar las importaciones, a comienzos de los años setenta ese modelo económico se había agotado tanto en Chile como en el resto de América Latina. Por aquella época parecía estar haciendo crisis también, y en forma más dramática, el estilo político, ideológico, confrontacional y exacerbado que había predominado en la política chilena, por lo menos desde 1964. A todo ello se añaden los costos del gobierno militar y, posteriormente, de la "década perdida", representada por el período de los años 80.

Los nuevos desafíos de Chile en el frente externo

Actualmente el país, y el gobierno de la concertación, están empenados en llevar adelante un profundo proceso de cambio y modernización que pasa, fundamentalmente, por la consolidación de un sistema democrático basado en la ampliación de la participación política, la moderación y los acuerdos, la transformación del sistema productivo y el aumento de la competitividad internacional de nuestro país, y un ataque más decidido y profundo de la equidad social. Un somero recuento de las implicaciones internacionales de este cambio de modelo, con cierto énfasis en sus aspectos económicos, permite percibir opciones como las siguientes. Frente a un persistente pesimismo externo, una mayor confianza en el papel de los mercados internacionales; frente a la introversión nacional, y en menor medida regional, propia del pasado, un mayor énfasis en la proyección externa; frente a la producción como instrumento de desarrollo, una fuerte búsqueda de la competitividad internacional de nuestras actividades productivas; frente a una industrialización planificada, y selectivamente movida por el estado, la búsqueda y extensión de casos exitosos; en lugar de una tecnología tradicional, la prosecución de innovaciones tecnológicas, que en la medida de lo posible permitan al país insertarse en aspectos importantes del nuevo paradigma tecnológico imperante; en lugar de una fuerte desconfianza frente a la inversión extranjera directa, regímenes diseñados para atraer selectivamente capitales externos, portadores de nuevos mercados y tecnologías, y frente a la excesiva gravitación de un grupo de empresas públicas instaladas en los sectores claves de la

economía nacional, procesos bien estudiados de privatización, o de desregulación de determinados sectores económicos.

Las características política de esta nueva forma de inserción internacional de nuestro país son concomitantes con sus rasgos económicos. La denuncia del imperialismo, la fe en el tercermundismo, las estrategias encaminadas a tomar distancia frente al mundo industrializado -sin contar la opción por el aislamiento internacional y por una cruzada antimarxista efectuada por el gobierno militar- han cedido paso a posiciones más realistas, que valoran la inserción de sectores cada vez más amplios de la vida nacional en las tendencias políticas, económicas y tecnológicas mundiales. Del mismo modo Chile, como consecuencia de la prosecución de un modelo de desarrollo político y económico más moderno y diversificado, debe superar la antigua política de bloques, no solo en el sentido político-estratégico que le dio la guerra fría, sino que también en su actual sentido, consistente en alinearse con alguno de los tres grandes bloques económicos que se están formando en el mundo de hoy, en nuestro caso, con el hemisferio occidental. Las circunstancias del mundo, y las de Chile, nos obligan a mantenernos abiertos a esos tres grandes bloques. No hay que olvidar que ello es también una consecuencia del hecho de que Chile puede aspirar por fin a insertarse al mundo en democracia.

Los particulares problemas planteados por la transición

La transición hacia la democracia que está viviendo Chile, después de un gobierno militar tan profundo y prolongado, plantea problemas especiales a sus relaciones externas y a su política exterior.

En efecto, durante el gobierno militar la política exterior de Chile adquirió características objetivas fuertemente singulares, que determinaron su orientación y limitaron sus alcances. Entre ellas se cuentan las de haber estado al servicio de una cruzada ideológica unidimensional; haber puesto mucho más énfasis en la defensa de un país que se percibía como una "fortaleza sitiada" que en su proyección externa; haber representado mejor los intereses del gobernante que los del país e incluso los del régimen (pese a haber conservado el profesionalismo de los mandos medios); haber mantenido malas relaciones con el gobierno de los Estados Unidos que, tradicionalmente, ha sido nuestro principal interlocutor externo; haberse desvinculado de América Latina, en un período en que muchos países de la región comenzaban a buscar nuevas formas de concertación entre ellos, sin lograr proyectarse hacia otras áreas; y, por último, haber estado comprometida con un proceso de apertura económica externa, lo cual constituyó su único rasgo creador y activo. Resulta interesante observar, en este último aspecto, que esta política de apertura externa, por una parte, debió bien poco a la diplomacia y, en cambio, promovió en forma no deliberada la búsqueda de afinidades con sectores no económicos en otros países, aunque con resultados limitados.

Contrastan estos rasgos con los que siempre tuvo la política exterior chilena: el de expresar los resultados del juego democrático y, al mismo tiempo, ser fiscalizada por este; el de desenvolverse dentro del marco de una institucionalidad en que el papel del poder ejecutivo, del congreso, los partidos políticos y otros agentes importantes estaba bien definido; un apego irrestricto a los grandes principios del derecho internacional y al cumplimiento de los compromisos contraídos, lo cual muchas veces llevó a Chile a adoptar posiciones que diferían de la visión del gobierno respectivo, lo que imprimió, no siempre imaginación, pero sin duda mucha dignidad a su política; su adhesión a las organizaciones multilaterales e incluso una permanente iniciativa para la creación del fortalecimiento de ellas; una firme vocación de apoyo a la integración latinoamericana en sus primeros pasos; una capacidad adecuada, aunque no notable, de adaptación y respuestas a circunstancias nuevas; un servicio exterior altamente profesionalizado y una sucesión de cancilleres con visión y con personalidad propias, y con una probada capacidad para mantener y acrecentar el prestigio internacional de Chile.

Pero al tomar distancia de los rasgos que presentó la política exterior durante el gobierno militar, y que el actual gobierno decididamente dejó atrás, no es necesario reproducir las características tradicionales de la política exterior chilena. Los cambios ocurridos en el mundo, en Chile y en América Latina, anteriormente reseñados, hacen necesario repensar en una vinculación externa diferente. Para ello se necesita contar con decisiones

política, organizaciones y procesos de decisiones modernos e informados.

La formulación de la política exterior

Por todas las razones anotadas la formulación de la política exterior no puede seguir siendo intuitiva. Hasta ahora ha descansado preferentemente en las tradiciones institucionales, los precedentes históricos, y la experiencia o habilidad de los funcionarios. Nunca podrá prescindirse de esos factores; sin embargo, en un mundo caracterizado por la complejidad y por el cambio, es necesario utilizar aproximaciones más modernas: más analíticas, bien informadas y sistémicas. Con ello no se está pidiendo a la política internacional de nuestro país y a su ministerio de Relaciones Exteriores algo extraordinario: esta es la forma en que en un país moderno, como Chile, se analizan, formulan e implementan las políticas públicas en todos los sectores.¹

La formulación de la política exterior depende fundamentalmente, de un análisis correcto del contexto externo y de una identificación fidedigna de los intereses nacionales dentro de ese contexto. Ninguno de esos planos puede descuidarse. La definición de los intereses nacionales en un momento dado, basada en una apreciación incorrecta o incompleta del escenario externo, tiende a dar lugar a una política

¹. Para no abundar en estas notas en una materia de carácter técnico se puede ver el folleto de L. Tomassini, El Marco de Análisis de la Política Exterior, editado por la Universidad del País Vasco, 1990.

exterior voluntarista o equivocada. Por el contrario, convertir la política exterior en un conjunto de declaraciones que pretenden reflejar los temas de moda en el ámbito internacional tiende a producir una política retórica, no coincidente con los intereses nacionales y de muy difícil implementación.

En las primeras secciones de estas notas se ha tratado con cierto detenimiento la evolución del contexto externo. Conviene ahora concentrarse en las fuentes internas de la política exterior.

Esto supone una labor sistemática y profesional orientada a definir los temas que deben configurar la agenda internacional de Chile en un momento dado; a jerarquizarlos y seleccionar los más relevantes; a definir correctamente el significado y las consecuencias de los mismos; a formular planes y programas, estrechamente coordinados entre sí, para la consecución de esos objetivos; a prever, dentro de esos programas, las instancias, los medios, los recursos y las estrategias de negociación necesarias para alcanzarlos, y construir una infraestructura adecuada para ello (aspectos a que se refiere la sección siguiente de estas notas).

Naturalmente, como en todo proceso, aquí debe empezarse por el primer paso: la confección de la agenda internacional de nuestro país. Se trata aquí de identificar los principales problemas y oportunidades que enfrenta el país en un momento dado, en las distintas áreas en que se desenvuelven sus relaciones externas. El

país dispone de mecanismos formales e informales para hacerlo. Los temas pueden ser periódicos (como los presupuestos anuales de defensa), intermitentes (como la aplicación de un arancel) o emergentes (como en (?no se entiende bien) conflicto o la posibilidad de una inversión externa).

No es bueno que la política exterior de nuestro país se limite a reaccionar frente a situaciones creadas; tiene que montar una sólida capacidad para anticiparlas, y dar gran importancia a esta tarea. Tampoco es bueno que en la identificación de las prioridades de nuestra política exterior, y en la formulación de las estrategias y de los cursos de acción necesarios para llevarla a cabo, intervenga una élite muy cerrada de instituciones y personas: en todo el mundo pasó la época de la diplomacia secreta y los tratados reservados y hoy, para ser eficientes en esta materia, es necesario partir de un proceso de análisis y de decisión abiertos.

Tampoco es bueno tomar decisiones de políticas bajo presión o después que se ha planteado una crisis, como ocurre, precisamente, por falta de capacidad de anticipación. Concentrarse en la coyuntura o el momento, perdiendo de vista una perspectiva y programación de largo plazo, es un camino peligroso. También lo es abocarse a esta tarea sin coordinarse con otros sectores del gobierno, lo que suele ocurrir, y ocurre aun con más frecuencia tratándose de sectores representativos de la sociedad civil o del sector privado cuyos intereses son afectados por nuestras relaciones externas. Pero muchos

de estos lemas, señalados por via puramente indicativa, pertenecen mas bien a la seccion siguiente.

Una
~~Amplia~~ organizacion para la politica exterior

Con este subtitulo se quiere decir que no es posible tener una buena politica exterior minimizando el papel del Ministerio de Relaciones Exteriores y que tampoco es suficiente que este sea bueno si actua en forma aislada: ni tanto ni tan poco.

A este respecto hay tres supuestos que en Chile no están claros, como ha ocurrido tambien en otras partes. El primero es si se desea tener o no una politica exterior integral, activa y relevante. El segundo se refiere a si se considera necesario para ello, en caso que la respuesta fuere afirmativa, contar con un servicio exterior moderno, eficiente y dotado de peso dentro de la maquinaria gubernativa. El tercero consiste en determinar, en caso de que tambien se deseara esto último, si todo lo que se necesita para tener un servicio exterior moderno es contar con ministros, subsecretarios y personal directivo inteligente y eficiente o si se necesita mejorar toda su estructura en forma sistémica.

Son mayoría los que consideran que el gobierno de la concertación no ha tenido una buena politica exterior, siendo ésta una de las pocas franjas grises de su acción gubernativa. Incluso entre quienes participan de esta visión crítica, las opiniones se dividen: unos opinan que ello se debe a que nuestro servicio exterior

no ha sido optimo, y otros, a que el gobierno ha querido que sea como actualmente es. Como puede apreciarse, y existe una desusadamente amplia cobertura de prensa sobre la materia, el tema es polemico. Aqui se estima, primero, que el nuevo gobierno democratico ha tenido una politica exterior respetable y eficaz en la medida en que logro reinsertar al pais en la comunidad internacional, la cual estaba preparada para recibirlo, y lo cual iba a ocurrir de todos modos debido a la reinstauracion de la democracia. Segundo, que siendo respetable, esta politica exterior no ha sido optima (me dictas optima) si se compara con los parametros fijados por el contexto internacional y por la realidad de Chile, que ya han sido reseñados. Tercero, que la insuficiente calidad de nuestra politica exterior está unida a una calidad tambien poco satisfactoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, no desde el punto de vista de su profesionalizacion, sino que desde el punto de vista de las estructuras organizativas y analiticas necesarias para desempeñar sus funciones. Cuarto, que esta situacion no es responsabilidad del Ministerio de Relaciones Exteriores, sino de la definicion que el gobierno ha hecho del lugar que le corresponde a la politica exterior y, por lo tanto, a ese ministerio dentro de sus programas. Quinto, esta percepcion se origina en la doble idea de que la politica exterior tiene poco que ver con la economia, y que es esta última lo que importa fundamentalmente a este gobierno, en circunstancias que esos asuntos pertenecen a otros ministerios, que nuestro servicio exterior no esta preparado para contribuir a ellos, y que, por lo

tanto, lo mejor que pueda hacer es tener una política de baja visibilidad que no interfiera con nuestros logros económicos.

La apuesta al comportamiento económico del actual gobierno se debe a la percepción de las amenazas que rodearon su inauguración, amenazas que fueron percibidas debido a una hábil manipulación del gobierno militar y la derecha: la de que, entre otros aspectos básicos, el nuevo gobierno democrático no iba a ser capaz de manejar la economía (como tampoco a los militares y otras cosas). Se debió también a una ponderación sesgada la importancia que nuestros logros económicos en el exterior habrían de tener para la imagen externa de Chile en comparación con nuestras conquistas sociales y políticas que, por lo demás, se estimó debían ser manejadas y proyectadas por otros organismos. Se estableció así una fundamental dicotomía entre estas dos esteras. Son responsables parcialmente de ello nuestras autoridades económicas, que heredaron del gobierno anterior gran parte de su creencia en la autonomía de la economía, y no percibieron que esta se encuentra estrechamente entrelazada con el manejo de los asuntos sociales y políticos. También fueron responsables de ello nuestros dirigentes políticos, que deberían de haber tenido la responsabilidad de haber apreciado la importancia de la vinculación entre estas tres esteras, pero no le dieron importancia frente a las urgencias del momento o tal vez carecieron de una visión moderna a este respecto.

Otra dicotomía de que adolece nuestro ministerio es la que se refiere al corto y al mediano plazo. Nuestro servicio exterior y nuestra política, ha estado permanentemente abocado a resolver situaciones de la coyuntura, muchas veces urgentes, y ha carecido de poder de anticipación frente a los desafíos y oportunidades planteados por diversos nichos del escenario externo. A veces se ha hablado de ellos, como en el caso de la Iniciativa de las Américas o del Sudeste asiático, sin concretar nada espectacular en la materia. En otros casos, se han silenciado otras perspectivas, como en los escenarios de América Latina, el Mercosur o Europa, o en temas tales como vincular deliberadamente una parte de la iniciativa, la asesoría y la inversión externa a la pequeña y mediana empresa, o a los sectores pequeños o emergentes (por lo menos, en la escala requerida). Continuando nuestra reflexión desde fuera hacia adentro, ambas dicotomías descansan en otra brecha, a saber, el énfasis tradicional que continúa poniéndose en las funciones de representación del Ministerio de Relaciones Exteriores (y hasta de protocolo), en comparación con su función de análisis de las situaciones en que están involucrados los intereses de diversos sectores de la vida nacional y en que es necesario producir resultados positivos (tal vez la principal diferencia entre un servicio exterior tradicional y uno moderno radique en el desplazamiento del énfasis desde sus funciones de representación hacia la de análisis, anticipación y proposición). Por último, ésta se apoya en otras tres brechas, que se advierten en los ámbitos más internos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Primero, la

excesiva concentración de los procesos de información, análisis y adopción de decisiones en muy pocos funcionarios jerárquicos, con el correspondiente recargo y falta de agilidad de sus funciones. La pérdida de los aportes que podrían hacer los cuadros mejor calificados del servicio, y la frustración de los mismos. Segundo, la brecha entre el Ministerio de Relaciones en Santiago y sus misiones diplomáticas, segmentos enteros de las cuales permanecen en un limbo caracterizado por una falta de suficiente información e instrucciones, para no decir nada de una coordinación sistemática y permanente entre el Ministerio y las misiones y entre ellas mismas, como ocurre entre los distintos departamentos de una empresa, de un sindicato, una iglesia o un ejército moderno.

La inadecuación de los remedios que se han tratado de aplicar, con bastante lentitud y parsimonia, son reveladores del poco conocimiento que existe acerca de la enfermedad. Uno ha sido el debate en torno a la carrera funcionaria y sus desventajas (problema real pero que solo puede y debe ser analizado y resuelto en un contexto más amplio y más moderno). Otro ha sido la intención declarada de cambiar el organigrama. Uno más, el de dotar a algunos cuadros de este ministerio de métodos computacionales de información. Igualmente desvinculados de marcos y hábitos analíticos adecuados, lo cual limita la utilidad de estos esfuerzos de aspectos que van desde la selección misma de la información que el Ministerio necesita hasta la capacidad de utilizarla inteligentemente por parte de los funcionarios.

Política exterior y acceso al futuro

Un diplomático e intelectual mexicano escribía hace algún tiempo que los latinoamericanos vivimos acurrucados contra el pasado. Al comienzo de estas notas se señaló que el triple desafío de Chile en esta nueva etapa democrática es el de modernizar su economía, incorporar a ella a los sectores sociales marginados e insertarse más plenamente en el mundo de hoy a partir de una capacidad de manejo endógena. Esos son nuestros desafíos del futuro. Se dijo también que el futuro y la política exterior están estrechamente vinculados.

Ello no es casual, por los grandes cambios que transforman al mundo y, por consiguiente, nuestra forma de participar en él se originan en los grandes centros de poder y se difunden a nivel global. Los países que como el nuestro opten por mirar hacia adentro y no construyan una capacidad propia de observar los cambios que están ocurriendo en el escenario externo estarán condenados al estancamiento. En Francia, la prospectiva ha estado formalmente institucionalizada en el ministerio de relaciones exteriores. Durante la época del milagro brasileño, informalmente en dicho país esa función estuvo radicada en Itamaraty. Un elemento esencial en la modernización de nuestro servicio exterior, o en la creación de un verdadero sistema nacional de política exterior, es fortalecer la capacidad de análisis y previsión de estos organismos.

Elementos para la nueva agenda de nuestra politica exterior

Se ha dicho que la politica exterior de la democracia no deberia limitarse a recuperar las posiciones del pasado. Las circunstancias han cambiado. No es posible replantear sin modificaciones principios y tesis de otras epocas, y volver a apoyar en forma acritica esquemas que han perdido vigencia o se han transformado, como el sistema interamericano, la integraci3n regional en sus primeras formas o la prosecuci3n de un nuevo orden economico internacional tercermundista. En cambio, ser3 necesario tomar en cuenta las nuevas realidades surgidas en el escenario internacional como producto de los cambios senalados.

Entre las nuevas prioridades del pais se cuentan, indudablemente, la necesidad de que la politica exterior se convierta de nuevo en el reflejo de un sistema de gobierno democr3tico y, de esta manera, vuelva a ser responsable y respetada; la de profundizar, en forma actualizada, la inserci3n de Chile en la economia y en la politica mundial; la de afirmar su desvinculaci3n con los conflictos estrategicos mundiales y continuar contribuyendo a que America Latina se convierta en una zona de paz; la de permanecer atenta a las transformaciones experimentadas por los principales escenarios internacionales, como la tendencia a la formaci3n de grandes bloques economico-comerciales, con las consiguientes afinidades politicas que se crean en ellos; la de prepararse para vivir en un mundo posterior a la guerra fria; la de reintegrarse, con un mensaje propio y bajo modalidades nuevas, al vigoroso proceso de concertaci3n

latinoamericano que se está produciendo entre distintas agrupaciones de países; la de pasar a ser una política exterior menos representativa y más analítica, previsor y propositiva; la de no ser meramente pasiva o reactiva, sino una política exterior avizora y activa, y la de avanzar hacia la formación de un verdadero sistema de política exterior en donde participen sustantiva y coordinadamente todas las agencias del estado encargadas de manejar los diversos aspectos de sus vinculaciones externas, en estrecha asociación con la sociedad civil y el sector privado (las grandes prioridades de la política exterior de Chile ya han sido más estudiadas y, por otra parte, merecen un análisis más específico y detenido aún que las consideraciones precedentes, por lo que a continuación solo se esbozan algunos de estos temas).

1. La política económica internacional.

- 1.1 Política comercial, promoción de exportación y apertura de mercados;
- 1.2 Incorporación de tecnología externa;
- 1.3 Propiedad intelectual, marcas y patentes;
- 1.4 Asociación con empresas extranjeras;
- 1.5 Privatización de empresas públicas con participación de intereses extranjeros;
- 1.6 Vinculaciones externas en apoyo de la mediana y pequeña empresa;

2. Chile ante los grandes bloques económicos mundiales.
 - 2.1 La Iniciativa de las Américas y el hemisferio occidental;
 - 2.2 Las relaciones con la CE y con una Europa ampliada;
 - 2.3 Relaciones con la Cuenca del Pacífico y el Sudeste Asiático;

3. La cooperación internacional.
 - 3.1 Relaciones con los organismos financieros internacionales;
 - 3.2 Relaciones con la CE y otras agrupaciones similares;
 - 3.3 Utilización de la cooperación bilateral;

4. Chile y la cooperación económica y política regional.
 - 4.1 El Grupo de Río y la cooperación política;
 - 4.2 Los esquemas regionales de integración;
 - 4.3 Los esquemas de integración subregionales;
 - 4.4 El MERCOSUR;
 - 4.5 Acuerdos bilaterales (México, Argentina, etc.);

5. Relaciones políticas internacionales.
 - 5.1 Respaldo a los procesos democráticos;
 - 5.2 Defensa de los derechos humanos;
 - 5.3 Desnuclearización;
 - 5.4 Política cultural;
 - 5.5 La mujer;
 - 5.6 La juventud;

- 6. Algunos temas relevantes.
 - 6.1 La política científica internacional;
 - 6.2 La política tecnológica externa;
 - 6.3 Aportes internacionales a la política educacional;
 - 6.4 Aspectos internacionales de la política medioambiental;

- 7. Algunos asuntos especiales.
 - 7.1 El tratado antártico;
 - 7.2 El derecho del mar;
 - 7.3 El espacio exterior, etc.

- 8. Cuestiones relacionadas con la seguridad.
 - 8.1 ¿Hipotesis de ~~(o)~~ conflicto?;
 - 8.2 Modernización del establecimiento militar;
 - 8.3 Reducción del gasto en armamentos.